

SIGUIENDO A LA LUCIÉRNAGA

Samara vio la cola del cometa por el rabillo del ojo, bajo la colcha, cuando faltaban pocos minutos para las once de la noche. Al principio creyó que era una luciérnaga que había salido de su escondite, pero en realidad era un cometa, uno que ella quería perseguir. Cerró los ojos y deseó soñar con los rostros de su madre y de su hermano.

Samara había visto pasar muchos cometas a lo largo de su vida. Fueron volviéndose algo habitual cuando los ríos empezaron a secarse y la luna empezó a cambiar de color, ahora era naranja butano. Su padre le explicó que, cuando él era pequeño, había que esperar años para ver un cometa. Uno de ellos se llamaba Luke. Pasaba cada muchos años y había personas que no llegaban a verlo nunca.

En el vecindario cada vez eran menos. Las familias se fueron mudando, primero con gran tristeza, y luego con resignación. La suya, sin embargo, era una de las áreas menos perjudicadas. Tenían corriente y gas, algunos árboles de ramas retorcidas y hojas oscuras y una piscina sin agua. No todos podían decir lo mismo. Samara pasaba cada día por delante de esa piscina vacía, antes de tomar el ascensor subterráneo que llevaba a los niños a la escuela municipal. En los días de más calor –que eran ya la mayoría–, Samara deseaba con todas sus fuerzas que alguien la llenara de agua para poder chapotear allí.

Sin embargo, la realidad era que en la piscina no se había bañado nunca nadie, porque nunca debió ser una piscina. El hoyo, de dos metros de profundidad, lo había causado un asteroide hacía muchos años. El padre de Samara era entonces un niño: del incidente solo recordaba que el Gobierno les obligó a evacuar el lugar hasta que estuviesen seguros del asteroide. Unos hombres de buzo se lo llevaron y nadie supo nunca más de él. Durante los siguientes años, los vecinos paseaban al

perro por las cercanías del agujero y disimuladamente se agenciaban los pedacitos brillantes de color gris ceniza que se habían desprendido del asteroide. Más de uno lo utilizó como llavero. Como el Gobierno tenía asuntos más importantes que atender, decidieron que ese enorme hoyo se convertiría en la piscina municipal. Pese a que cada vez llovía menos, seguían esperando el día en que el agua volviera a sobrar.

De camino a la escuela, Samara miraba el hoyo y miraba el cielo y se sorprendía al pensar que mientras los asteroides torpes caían sin remedio sobre la faz de la tierra, los cometas conseguían seguir su viaje hacia las profundidades del universo:

– ¿Cuándo pasará el próximo cometa? – preguntaba Samara, a todas horas y a todo el mundo.

Se lo preguntaba a su maestra, a su padre, a los gatos de orejas peludas de la calle, al hombre de distinguidos bigotes que, cada mañana, pasaba por delante de las rosas de su jardín con un medidor de radioactividad. Él era el único que respondía:

– A veces las cosas pasan cuando uno más las desea. – Decía siempre el hombre.

– Pero es que yo hace mucho que deseo que vuelva a pasar el cometa. Y no pasa. – Lamentaba siempre Samara.

– Pues entonces... ¡Tendrás que ir a buscarlo! – Proponía el señor de los bigotes.

Y Samara pasaba los días esperando, pero el cometa no llegaba. Un día le planteó a su padre la posibilidad de ir a por él y reencontrarse con su madre y su hermano. Le enseñó unos dibujos con ideas para llegar allá donde estuviera. En uno, ella y su padre desplegaron la escalera que guardaban en el desván hasta alcanzar la luna y, de allí, iban hasta el lugar donde los americanos clavaron la bandera de su país.

– Aunque otra posibilidad – dijo Samara mientras comía otra galleta – es que

desviemos la vía del tren que sube por la montaña hacia arriba. Tú eres fuerte, papá. Seguro que puedes hacerlo.

– Bueno, veremos qué puedo hacer. – Respondió el padre.

Partieron de noche, a la hora en la que los perros habían dejado de ladrar y los ancianos ya se habían acostado. No se despidieron de nadie: apenas quedaban personas a las que decir adiós. Apagaron las luces de casa. Samara miró con cariño al gato de pelo rojizo que llevaba meses viviendo en la parte trasera de su jardín seco. Atravesaron calles desiertas de cemento con parterres secos en los que una vez florecieron cerezos y almendros. Después de un rato andando, una pareja de militares les salieron al paso. El padre de Samara se sacó del bolsillo un par de papeles de color azul con un sello oficial. Uno de los militares les sonrió y le hizo un gesto al otro para que bajara el arma: – Así que por fin se reúnen con su familia. Que tengan mucha suerte ahí arriba–. Y le revolvió el pelo a Samara. Tras revisar sus papeles, les indicó el camino hacia un ascensor de grandes dimensiones que ascendía por una columna de aire.

– Genial, ahora mamá me reñirá por ir despeinada.

– Mamá no te va a reñir por ir así, te lo aseguro.

El ascensor había llegado a su destino. Samara cogió a su padre de la mano antes de que se abrieran las puertas. Al otro lado, se encontraron con otra militar, esta vez sin armas: – Bienvenidos a la Estación de Enlace. El viaje está previsto para dentro de media hora. Mientras esperan, les invitamos a relajarse en la sala de espera–. La sala de espera era un extensísimo espacio curvado, en forma de cuenca. La parte en la que estaban Samara y su padre era de un material sólido y liso, azulado. Pero conforme iba extendiéndose, curvándose hacia arriba, la superficie se tornaba más translúcida, como si entre la estación y el cielo no hubiese más que una barrera de

aire transparente que vibrara con la luz de las estrellas. A Samara le pareció que aquello era como estar en un barco al revés, con el mar encima en lugar de debajo.

En la sala de espera había más gente del pueblo, algunos llorando abrazados, pero Samara no entendía muy bien por qué. ¡Iban a reencontrarse con su familia! Una mujer vestida con uniforme de capitán salió del ascensor al cabo de poco rato. Unas luces se encendieron en el suelo y, de repente, en la zona más translúcida de la cuenca empezaron a formarse cápsulas para todos.

– Soy la comandante Hasley y voy a acompañarlos en su viaje a las estrellas. Les ruego que se coloquen en los vagones de navegación y se muevan lo mínimo posible. Ya saben todos ustedes las desgracias que han acarreado los combustibles a este planeta, por eso, esta es la forma más segura de salir de aquí–.

Los pasajeros empezaron a instalarse en las cápsulas. El padre iba a tomarla de la mano, pero ella se escapó corriendo hacia la capitana. La miró seriamente y le dijo:

– Usted... Tiene que prometerme que llegaremos a ver a mi familia, ¿vale? Mi hermano me dijo que usted era la encargada de eso. Me lo dijo en la postal que me mandó desde el nuevo mundo–. Tanto su padre como la comandante sonrieron.

– Descuida, que así será. El cielo está muy bonito hoy, eso es que seguramente tu mamá y hermano te esperan ahí.

La niña sonrió y se subió a la cápsula. Apareció una cuenta atrás en una pantalla y a medida que se iba acabando, Samara tenía la sensación de que se estaba durmiendo, al igual que todos los pasajeros. Una vez se terminó, Samara cerró los ojos para no volver a abrirlos jamás. Y así fue como, con la sonrisa aún plasmada en su cara, Samara terminó de perseguir la luciérnaga que vio aquella noche de verano.

Larry